

UN GRAN DISCURSO DE AZNAR TAN CERTERO COMO ESTERIL  
EL MUNDO, Editorial, 22.06.08

Cual si se tratara de la maldición del sucesor, el divorcio político entre Aznar y Rajoy se escenificó ayer en Valencia ante miles de compromisarios del PP, que asistieron atónitos al varapalo del ex presidente del Gobierno al actual líder del partido.

Las sucesiones en los partidos en nuestro país han sido generalmente traumáticas, como ocurrió con Suárez y Calvo Sotelo, Carrillo e Iglesias, Fraga y Hernández Mancha o González y Almunia, casos en los que el sucesor intentó desmarcarse del legado de su mentor.

Durante una intervención que figurará como una de sus mejores piezas de oratoria política, Aznar criticó el rumbo que Rajoy está imprimiendo al PP, sugiriendo que quiere ponerlo al servicio de un «proyecto personal», para lo cual trata de hacerse «más simpático» a sus adversarios. El se presentó, en cambio, como un ex dirigente que ya ha cumplido con sus obligaciones y puede permitirse el lujo de ser sincero porque nada espera para sí.

Las primeras palabras de Aznar fueron para homenajear a María San Gil y Ortega Lara. «Todos tenemos una deuda impagable con ellos», aseguró. Ello sonó a una reprobación dirigida hacia Rajoy, que no ha hecho prácticamente nada para evitar su alejamiento del partido.

De forma muy significativa, Aznar elogió también a Acebes y Zaplana, pero no dedicó ni una sola palabra a los nuevos miembros de la dirección

del partido como María Dolores de Cospedal, Esteban González Pons o Soraya Sáenz de Santamaría.

Aznar afirmó que es un error creer que el PP debe evolucionar hacia el centro porque «ya estamos en el centro» y subrayó que el partido corre el riesgo de perder parte de su base electoral en el giro que está llevando a cabo Rajoy.

«En 1996 primero ganamos y después gobernamos con diálogo y acuerdos, por ese orden», afirmó Aznar, que pretendía sugerir que Rajoy se equivoca al buscar un entendimiento con los nacionalistas antes de ganar las elecciones.

«Nuestro objetivo no es heredar a la izquierda, sino ganarle en las urnas», remachó Aznar, que insistió que es un grave error intentar congraciarse con el PSOE y que la línea política del PP debe buscar el respaldo de sus militantes y no de los adversarios.

En suma, Aznar fue acumulando argumentos para cuestionar la nueva táctica que Rajoy pretende aplicar en el PP, aunque matizó que ofrece al presidente «un respaldo responsable», palabras que sonaron muy forzadas después de sus numerosas referencias críticas. Fue un gran discurso que diseccionó la falta de consistencia de Rajoy, pero cabe reprocharle a Aznar que esperara hasta ayer para definirse. Si hubiera dicho lo mismo hace un mes, dirigentes como Aguirre, Costa u otros podrían haber dado el paso de presentarse como candidatos alternativos.

Pero las palabras de Aznar -al que se le puede reprochar que eludió cualquier autocrítica, Irak incluido- llegan demasiado tarde y, por ello,

corren el riesgo de ser estériles. Como responsable de la designación de Rajoy como sucesor, tenía la obligación moral de haberse definido antes para propiciar una alternativa más acorde con su diagnóstico.

La falta de brillantez y de altura política del discurso del presidente del PP al presentar su candidatura sólo sirvió para resaltar la profundidad de la articulada y vibrante reflexión de Aznar. Rajoy se mostró a la defensiva, subrayando que el partido no va a cambiar de principios y que el centro «no es una doctrina política» sino «una voluntad de evitar cualquier exageración». Más insípido, imposible.

Al final, el 78,8% de los compromisarios votaron a favor de Rajoy, mientras que las abstenciones, papeletas en blanco y nulas sumaron el 21,2%. Este porcentaje -que habría sido mayor si hubieran acudido al congreso compromisarios críticos como María San Gil- supone un considerable voto de castigo para Rajoy, que debería reflexionar. Pero lo esencial no reside tanto en la fría aritmética de los números como en la capacidad del líder del PP para ilusionar al partido, que se ha demostrado muy limitada frente a la elocuencia y los argumentos de Aznar.